

**Pregó de Santa Tecla 1990,  
per Horacio Saenz Guerrero**

## PREGÓ

De vegades he dit que sóc més català que molts catalans, que aquells, per exemple, que no concedeixen cap valor especial a ser-ho i que no fan esforços perceptibles per merèixer-ho. Això ho he pogut dir almenys per dues raons demostrables: perquè he volgut ser-ho, donat que no ha estat un fet determinat per la biologia, sinó per la raó; i perquè, com sembla evident, tinc prou anys com per haver viscut com a català bastant més temps que la resta dels meus compatriotes.

Catalunya m'ha fet com sóc i crec que d'ella procedeix l'essencialment millor que hi pugui haver en mi. En aquesta terra he viscut les meves joies d'infant i les meves emocions d'home, totes les angoixes i totes les alegries.

Aquí em trobaren l'amor i l'amistat; aquí em feriren la ingritud i la malesa; a Catalunya he perdut éssers que eren part del meu cor, i han nascut, per la carn o pel sentiment, aquells que em "prendran la mà a l'hora dels adéus". Els paisatges de Catalunya han estat els pioners i, segur, seran els darrers, a omplir-me l'ànima amb la llum de llurs infinites belleses. En fi, amics meus, quan la professió m'ha portat a móns llunyans, sovint aspres, d'on brotava la soledat, disposava d'uns remeis quasi màgics aconsellats fa molts anys per un missioner català consagrat a educar indis a Bombai: llonganissa de Vic, torrades de coca de Llaveneres i vi negre del Priorat —sí, del Priorat—. D'ençà fins ara mai no he deixat d'incloure als equipatges prudencials provisions d'aquestes teques probablement d'inspiració divina.

Jo he sabut amb quines llàgrimes està feta l'enyorança de Catalunya.

Dit el que precedeix, desitjo haver obtingut de vosaltres que cregueu en la meva sinceritat. Que així sigui és molt important per a mi

perquè, sense aquesta creença, cap sentit tindria la meva presència aquí avui, a l'enlluernadora Tarragona dels grans fastos i al peu de la Verge de les tendreses i de les fermeses, la dona sencera i heroica, la santa que us protegeix, la màrtir que vàrem aprendre a venerar en els miraculosos alabastres d'en Pere Johan.

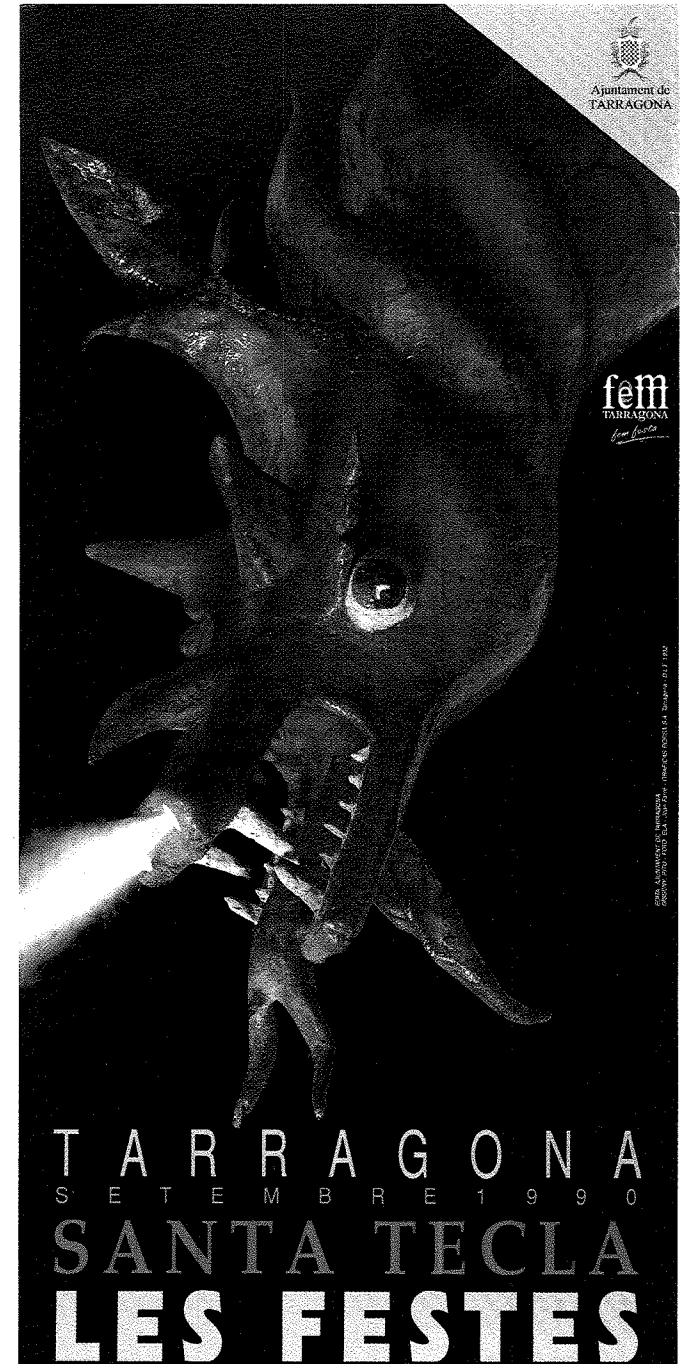
La sinceritat ha estat la clau de la meua vida, davant meu i davant els altres. I ara pretenc seguir estant fidel a aquest sentiment, encara que sigui difícil i pugui allotjar amargors. He estat sincer en l'expressió de la meua condició catalana, ho seré en exposar-vos la natura de les meves cavil·lacions i ho seré quan, no tant per ritu i per cortesia com per convicció, anomeni les gràcies tarragonines de les quals són afortunats propietaris, però no pas exclusius enamorats.

No me satisface enteramente el término "catalanidad" porque es muy difícil definirlo concretamente y porque, además, le acompañan las semejanzas fonéticas de "hispanidad" y "españolidad" utilizadas durante muchos años con finalidades más bien adulteradas. Sin embargo la voy a emplear para decir algo que me importa sobremanera sea, ahora y aquí, bien comprendido: Me parece que no se me han negado ninguno de los dones que se supone contiene la "catalanidad" y que dispongo sin escasez de cuantas facultades requiere las calidades abstractamente sintetizadas en ella, pero una de ellas la cumplo con penuria: la del idioma.

En lo material, lo habeis podido advertir sospecho que con facilidad. En lo inmaterial soy yo quien lo advierte con amargura. Desde mi adolescencia, hablo el catalán, lo leo y lo escribo. De su literatura he recibido emociones inolvidables y, con su empleo verbal he experimentado, en los tiempos de sus censuras, espléndido las entonces nada pecaminosos placeres de la venganza. Era hermoso desafiar cuanto estaba más zafiadamente prohibido.

Pese a esa historia interior de mi catalán, cuando de él me valgo en una tarea que a de permanecer, como la de hoy, algo en mi entraña me priva de sentir el contento de la obra acabada. He llegado, con cierto desconsuelo, a la conclusión de que, en efecto, como muchos han asegurado, hay delicadezas del espíritu que sólo pueden expresarse fielmente con la lengua en que nos ha hablado la madre, cuando, recién llegados a la vida, era todo descubrimiento.

Pero acaso sea verdad que no hay mal que por bien no venga: esa deficiencia me ha permitido comprender y compartir, con encendida intensidad, el tormento de los seres privados coactivamente de su idioma. También me ha hecho posible valorar las desazonantes angustias



que padecen quienes quieren pero no pueden. Los que pueden pero no quieren son otra cuestión. Una cuestión penosa que margino porque nada desagradable debe aletear entre los alborozos de las fiestas.

Por lo demás, y dando como cierto que el don de la lengua al igual que la elegancia y el blasón, no se adquiere sino que se hereda, debo precisar, como complemento de lo dicho antes, que no he hallado medio de cumplir una básica exigencia confidencial: sentir que mi catalán "suena" igual que mi castellano. Espero que el prodigio se produzca en estas palabras más y que la cordialidad del compromiso haga que las dos lenguas "suenen" con idéntico latido. Aquel inmenso "sorneguer" que fué Josep Pla definió mi problema bastante bien, y con su mejor estilo sarcástico, que era el afectuoso: "Benvolgut Horaci: parleu un català més bé grotesc; però parleu un barceloní collonut". Y perdón por el vocablo, tan escasamente comedido.

Con mucha probabilidad, la consecuencia estriba en llevarme a unas consideraciones personales consistentes en estimar que acaso no sea del todo exacto que el idioma sea lo decisivo e insustituible para amar, defender y propagar una cultura. También determina tales consideraciones otra reflexión: me parece equivocado y nocivo juzgar como propósito de ofensa o desprecio el uso de un idioma en vez de otro. Renuncio a la casuística, pero no a una anécdota perfilada el otro día por un "tarragoní de soca i arrel": en un tren de cercanías, un viajero increpa a otro, porque ocupa con libros un asiento de ventanilla. Habla en catalán y dice "ventanille". El increpado es castellano y al contestarle dice "finestra". Es un matiz de una cuestión llena de "embuts", o de "embulls", con vulgúeu, que refleja un conflicto de fondo insoluble enteramente con mecánicas legislativas, órdenes y consejos, por lo común con "ressò" de adoctrinamiento a inferiores o a remisos. Las dificultades o deficiencias sin duda existentes quizá puedan ser eliminadas progresivamente como, en varios aspectos, ya se viene haciendo: con generosidad, amor, paciencia y accesos a la educación. Permitidme que manifieste la opinión de que las reivindicaciones agresivas y las cóleras intransigentes parece conveniente dejárselas a los fanáticos y a los petulantes.

No debiera olvidarse nunca la afirmación del poeta, que a tanto obliga: "Deu vos do ser catalans, gents de bella anomenada".

Esa "bella anomenada" se merece porque es propio de ser catalán —quizá de la "catalanidad"— emplear los argumentos de la serenidad, la tolerancia y la nobleza.

Para mejor reflejar mi ánimo, os suplico que me permitáis ahora



una libertad, en gracia a no haberla practicado jamás en ocasión pública: la libertad de citarme a mi mismo.

Se trata de un texto escrito con motivo de haber ocurrido en Barcelona sucesos de lamentable violencia terrorista. Creía que valía la pena evocar calamidades de la historia de ayer para trasladar la vigencia de sus lecciones a la historia de hoy.

Resumo lo que dije entonces: "En los primeros años del decenio de los 50 había pasado el tiempo de la miseria y entrábamos en el de la lenta y penosa recuperación de infinidad de pequeñas y grandes cosas destrozadas durante la guerra civil. La mera necesidad biológica de sobrevivir ya no era imperativa. Se podía empezar una existencia diferente que los hombres que creyeron digna de ser vivida. Y esos hombres eran, gran proporción, muy jóvenes. Sus padres tenían todavía sus heridas abiertas, a veces terriblemente. Aquellos jóvenes eran los únicos que, entre la adolescencia y la juventud, habían sido estremecidos testigos de un tremendo desfile de desastres, obra de sus mayores. Muchos de ellos supieron lo que debían hacer y supieron también que debían hacerlo sin mancharse el alma con la sangre y el dolor de los demás".

"Para nosotros, los catalanes, ese quehacer estaba claro y coincidía con el entonces remoto sueño de la libertad. Se trataba de rehacer lo mejor de la Catalunya derrotada y humillada sin perder la perspectiva de quienes fueron los responsables del inmenso desastre, no necesariamente los mismos".

Recordé en aquel texto que Vicens Vives, uno de los talentos más excepcionalmente completos que he conocido, temía que los catalanes volvieran a olvidar los escarmientos que les habían dado experiencias infortunadas. Temía que tornaran a elegir la "rauxa", el arrebató, la pasión, la llamarada y el extremismo, un extremismo quizá atizado por intereses políticos de torpe naturales. Si así fuese —comentaba yo los criterios de Vicens—, quienes caigan en la tentación de la violencia no habrán vivido con uso de razón las tremendas repeticiones de la historia.

Quizá haya sido un pecado de padres y de maestros no haber proporcionado a las nuevas generaciones información completa sobre las causas de las vicisitudes y las tragedias sufridas por sus mayores. También debieran saber cuales son los logros obtenidos en un plazo escasamente superior a los diez años. Casi todas las metas alcanzadas eran impensables no hace mucho tiempo. Los objetivos pendientes se conseguirán también, sin duda, como triunfo no sólo de la razón que nos asiste, sino de la inteligencia, el tesón, la moderación, el realismo y el

sentido del pacto, virtudes que, a mi juicio, sostienen el cuerpo social de Cataluña, a veces en peligro de ser dañado por los defectos contrarios.

Espero que nadie atribuya a mis palabras ni sentido ni intención políticos de ningún género. He manifestado meramente sentimientos, pareceres, criterios, formas de amor, en definitiva, aunque acepto la posibilidad de que el amor nos conduzca a equivocaciones al dar como válidas las razones del corazón que la razón puede no entender. O al contrario. Por lo demás, reconozco que soy un irremediable sentimental, que me conmueven voces como la de Joan Maragall y que me entrego a la invocación de los "cants de germanor".

En todo caso, creo que puedo contar con vuestra indulgencia, y a ello me confío, con el mismo espíritu, entre la candidez y la disculpa, con que, de niños, decíamos aquello de "Com que sóc tan petitet..."

La confiança que m'anima té fonaments d'una certa solidesa. En primer lloc, l'esperança que Tecla, la Santa Patrona que aquest poble estima sense haver-la conegut, potser ha considerat escoltar-me un martiri suportable. En segon lloc, perquè s'ha de tenir benevolència amb l'amic que arriba amb la pura i senzilla ofrena de les seves emocions.

Amb ella estic davant vostre en la més important de les vostres festes, per la qual tant respecte sento que pretenc no caure en el pecat de convertir l'admiració en elogiosos tòpics circumstancials, i és difícil aconseguir tal propòsit perquè el tòpic no és altra cosa que una realitat vulgaritzada. Tot s'ha escrit, tot s'ha dit envers la Tarragona històricament immensa, culturalment gloriosa, religiosament sòlida, amb el futur ple de vigors encara que, també, com tot el que és viu, tocat per conflictes, errades i, si de cas, decepcions.

Aquest és el destí de països com aquest, on les més antigues tradicions coexisteixen amb les tasques de més rigorosa exigència actual. Qualsevol pot veure-ho: la silueta de l'olivar s'alça en els horitzons germans de les estructures industrials; i les vinyes i els xiprers són iguals ara, al costat de les làpides, les xemeneies o les antenes de televisió, com ho foren quan Roma va fer nostres les seves grandeses.

De mi sé dir que a les terres i els pobles tarragonins he gaudit, a les diferents èpoques de la meva vida, des de la joventut fins al dia d'avui, hores inoblidables. Però no sempre amb l'encís de les fascinacions arqueològiques, sinó per altres fascinacions potser de menys delicadesa espiritual, però sens dubte amb més consistència vital... Per exemple, l'"espineta amb caragolins", "les faves a la brutescas", els celes-

tials "calçots" camperols i els gloriosos "romescos", sols o en matrimoni amb els peixos que es mereixen tal companyia.

Crec saber el que em dic perquè no em falta experiència. No conec una salsa semblant al "romesco" perquè no crec que existeixi; pot tenir moltes personalitats diferents sense deixar de ser el que és; pot comportar-se amb suavitat elegant, amb simplicitat primitiva, amb gust complaent, amb ardorosa efusió. Tinc la impressió que únicament els pobles il·luminats per tots els focs de la història han estat capaços de crear meravelles com ara el "romesco". Penseu en les creacions similars d'altres llocs. Succeeix com amb el vi. Poques criatures nascudes de la natura i de l'home, probablement cap, disposen de les gràcies gairebé miraculoses del vi. Les vostres vinyes, enllà per la Terra Alta, per la Ribera de l'Ebre, per la Conca, crien sucres nets i acaronants de tots els tons, però —perdoneu-me aquesta expressió vehement d'una feblesa— cap com el del Priorat endinsat a les més profundes palpitations representatives de Tarragona. Amigable com ella, com ella poderós i serè, valent i puixant; temible també, quan amb ell es tenen confiança indegudes.

Així és, per a mi, Tarragona, que també neix genialment interpretada per aquest prodigi d'originalitat vital que són els castells. Els fa possibles la força, el seny, el valor, l'equilibri... I els acarona un infant...

Moltes mercès per haver pensat en mi a l'hora de ser aquí amb vosaltres.

Mercès, senyores, senyors, amics, germans en la dolça pàtria del cor comú.

Mercès per la vostra generositat, per la vostra indulgència... Mercès... Adéu-siau.

HORACIO SAENZ GUERRERO